



Edith Stein y el sufrimiento habitado en tiempos de pandemia

PEDRO JUAN MARTÍNEZ SERRANO

Instituto Teológico San Fulgencio

Murcia

Resumen: Contemplar el misterio del sufrimiento es el inicio del encuentro con el misterio del hombre manifestada en la unión hipostática y ofrecida en la Cruz a todas las generaciones. Es este sufrimiento habitado el que hace de Edith Stein la mujer abandonada a la gracia y ofrecida hasta el extremo en el martirio. La Teología Fundamental se convierte en testigo e instrumento de este encuentro solícito entre Dios y el hombre cuya clara hermenéutica es la humillación de Cristo.

Palabras clave: Edith Stein, Sufrimiento, Misterio, Teología Fundamental.

Summary: Contemplating the mystery of suffering is the beginning of the encounter with the mystery of man manifested in the hypostatic union and offered on the Cross to all generations. It is this inhabited suffering that makes Edith Stein the woman abandoned to grace and offered to the extreme in martyrdom. The Fundamental Theology becomes a witness and instrument of this attentive encounter between God and man, whose clear hermeneutic is the humiliation of Christ.

Keywords: Edith Stein, suffering, Mystery, Fundamental Theology.

El sufrimiento de la cruz de Cristo, su sacrificio, es misterio de expiación, concepto multitud de veces mal interpretado, pero necesario para profundizar en uno de los aspectos más bellos de la espiritualidad de Edith Stein. En él se vislumbra el significado del don de Dios que repara la vida del hombre y lo capacita para la vida divina. Hay en el sufrimiento de Cristo una ciencia sabrosa de valor sobreabundante que se adentra en la infinitud de la bondad de Dios, incomprensible para el hombre ensimismado y al que las mejores obras de todos los hombres no alcanzan: *Si la expiación tiene un valor suficiente –más bien un valor sobreabundante- es porque es la obra de una persona divina*¹.

El sufrimiento conlleva un latido de gracia que deviene misterio en la kénosis del Hijo de Dios, únicamente alcanzado por aquellos que se dejan alcanzar por Cristo: *un verdadero comienzo de la vida eterna en nosotros. No se trata tan sólo de aceptar el mensaje de la fe oído, ni tan sólo de un mero volverse a Dios a quien sólo se conoce de oídas, sino de un ser tocado interiormente y de un experimentar a Dios, que tiene la fuerza de liberar de todas las cosas creadas, y encumbrarla y, al mismo tiempo, sumergirla en un amor cuyo objeto desconoce*².

El centro del misterio sufriente que nos presenta la fe lo conforma Cristo pobre y crucificado, que es a su vez, clave hermenéutica de la comprensión del misterio sufrimiento del hombre que, por ende, implica la dignidad del hombre manifestada en la unión hipostática y ofrecida en la Cruz a todas las generaciones. Hablamos del sufrimiento que desvela el misterio del crucificado y al que podríamos llamar *sufrimiento habitado*. En la Cruz, Edith Stein llegó a comprender la verdad del ser de Dios, del hombre y del cosmos fundamentada en una relación de amor que hace nuevas todas las cosas.

La visión unitaria de la acción de Dios para con el hombre, tal como la presenta la historia de la Teología Fundamental y lo atestigua la vida de Edith Stein, es prácticamente imposible. Si la revelación parte de Dios, y toda la acción creadora y salvífica pertenecen a su misterio de amor, sólo Dios puede ser la respuesta a toda pregunta teológica hecha seriamente. Ésta, siempre acontece cuando se da el encuentro real entre Dios y el hombre y sus categorías creaturales. La vida de la persona ha de entenderse desde estos presupuestos,

1 E. STEIN, *Ser finito y ser eterno*, en Obras Completas, vol.III: Escritos filosóficos, Dirs URKIZA, J.-SANCHO F.J., El Carmen-Espiritualidad-Monte Carmelo, Vitoria-Madrid-Burgos, 2007, 1106.

2 E. STEIN, *Ciencia de la Cruz*, en Obras Completas, vol.V: Escritos espirituales, Dirs URKIZA, J.-SANCHO F.J., El Carmen-Espiritualidad-Monte Carmelo, Vitoria-Madrid-Burgos, 2004, 306.

como un todo que concentra en sí la verdad que vertebra el camino hacia la unión con Dios.

La verdadera fe, reconocida por Edith Stein en el *Libro de la Vida* de Santa Teresa de Jesús, supone la profunda experiencia de sufrimiento soportado por Edith Stein a lo largo de toda su historia, tal y como ella misma narra a lo largo de sus escritos autobiográficos, sufrimiento habitado. A lo largo de su exposición, manifiesta el deseo de llegar a comprender el sentido del misterio insondable, que desnuda al hombre y le hace aparecer ante la existencia como lo que realmente es: un ser creatural.

Una de las puertas de acceso al misterio sufriente, es la conmoción, tal y como viene expresado en la carta apostólica *Salvifici Doloris* de Juan Pablo II, que expone la bella parábola del Buen Samaritano propuesta por Jesús de Nazaret. La conmoción ante el dolor y el sufrimiento del otro siempre remiten al propio conocimiento. Lo cuestionan, lo hacen salir de su propia comodidad y autorreferencialidad y, lo que es más importante, lo ponen en camino hacia el misterio trascendente. El sufrimiento hace del hombre un ser inamovible, y le da la posibilidad de ponerlo en camino hacia su fundamento más hondo, paradójicamente, hacia la verdad, el amor y la belleza³.

La habitación de la vida eterna reside precisamente en el misterio sufrimiento del hombre-Dios. Los escritos de Edith Stein sostienen esta afirmación releídos por ella misma al encontrar que la más profunda verdad del hombre coincide con la verdad de Dios. Sin embargo, la posibilidad de descubrir esta presencia, apenas imperceptible en la realidad sufriente, pertenece al don de la fe sin la que el sufrimiento no deja de ser un interrogante desesperante⁴: *La fe no es*

3 «Lo que llevó a Jesús a tener conciencia de esa posibilidad y de esa certeza llena de esperanza fue la originalidad de su experiencia de Dios, la cual había sido preparada durante siglos en la vida religiosa e los judíos fieles a Yahvé, pero que en Jesús se concentró en una singular experiencia de la paternidad divina», E. SCHILLEBEECKX, *Jesús, la historia de un viviente*, Cristiandad, Madrid 1981, 244; «De esta memoria de sufrimiento surge el anuncio de esa nueva forma de vida digna de ser vivida, revelada en la resurrección de Jesús. De esta memoria del sufrimiento brotó un saber de futuro que no es vana anticipación, sino que, desde la experiencia de la nueva creación del hombre en Cristo, se lanza en busca de formas de vida más humanas», J.L. QUINTERO, *La memoria cristiana como promesa de futuro. El planteamiento de J.B. Metz*, en *Staurós* 31(1999) 36.

4 «La fe no es cualquier convencimiento –verdadero o falso, bueno, malo o indiferente–, sino un tipo especial de convencimiento que recibe su poder precisamente del tipo de convencimiento que constituye. La fe es un convencimiento bueno y verdadero. Es el convencimiento de que algo puede y ha de suceder porque es bueno y porque es verdadero que el bien puede y ha de triunfar sobre el mal. En otras palabras, es el convencimiento de que Dios es bueno para con el hombre y puede y ha de triunfar sobre todo mal. El poder de la fe es el poder del bien y de la verdad, que es el poder de Dios... Hay que observar que este tipo de fe está en muy

*para mí, en absoluto, nada irracional, es decir, algo que no tenga nada que ver con la verdad y con la falsedad. Todo lo contrario, la fe es un camino hacia la verdad, y, por cierto, un camino en primer lugar hacia verdades que de otra manera quedarían ocultas para nosotros, y en segundo lugar el camino más seguro hacia la verdad, porque no hay mayor certeza que la de la fe, más aún: no existe para el hombre que se encuentra in statu viae, ningún conocimiento que posea una certeza igual a la que es propia de la fe, aunque es una certeza no intuible*⁵.

El sufrimiento se constituye a lo largo de la historia como parte del hombre y, más específicamente, a lo largo de la historia de la salvación, como un misterio⁶. Vivimos en tiempos de pandemia de Covid-19, sumergidos por una marea de incertidumbres, de dolor y sufrimiento que generan tantos interrogantes sobre el sentido de nuestra propia existencia⁷. La fundamentación de una seguridad inquebrantable salvaguardada por el hombre y sus estructuras políticas, económicas y sociales se ven amenazadas por una realidad que vuelve a remitir al

íntima relación con la esperanza. De hecho, la fe, en el sentido bíblico de la palabra, apenas puede distinguirse de la esperanza (cf. Heb 11,1; Rom 4, 18-22). Lo más que podría decirse es que fe y esperanza son dos aspectos diferentes de una misma y única actitud de espíritu, del mismo modo que la increencia y la desesperación son dos diferentes aspectos del fatalismo», A. NOLAN, «¿Quién es este hombre?», Sal Terrae, Santander 1981, 56-57.

5 STEIN, Escritos filosóficos, V. III, Burgos 2007, 172.

6 «El libro de Job es un entramado de realismo y poesía. Ha sobrepasado lo histórico para convertirse en un paradigma de quienes recorren el camino de la vida por la pendiente de la dificultad. Cierto que el Nuevo Testamento con la persona de Jesús ha superado la experiencia del Antiguo y con ella el libro de Job, pero no lo es menos que prefigura los sufrimientos de Jesús en su persona, en su Iglesia y en la humanidad entera», E. DÍAZ, *Un colectivo sumergido en la noche oscura*, en *Revista de Espiritualidad* 216 (1995), 357-358.

7 «A primera vista, la existencia personal podría presentarse como radicalmente carente de sentido. No es necesario recurrir a los filósofos del absurdo ni a las preguntas provocadoras que se encuentran en el libro de Job para dudar del sentido de la vida. La experiencia diaria del sufrimiento, propio y ajeno, la vista de tantos hechos que a la luz de la razón parecen inexplicables, son suficientes para hacer ineludible una pregunta tan dramática como la pregunta sobre el sentido. A esto se debe añadir que la primera verdad absolutamente cierta de nuestra existencia, además del hecho de que existimos, es lo inevitable de nuestra muerte. Frente a este dato desconcertante se impone la búsqueda de una respuesta exhaustiva. Cada uno quiere –y debe– conocer la verdad sobre el propio fin. Quiere saber si la muerte será el término definitivo de su existencia o si hay algo que sobrepasa la muerte: si le está permitido esperar en una vida posterior o no. Significativo que el pensamiento filosófico haya recibido una orientación decisiva de la muerte de Sócrates que lo ha marcado desde hace más de dos milenios. No es en absoluto casual, pues, que los filósofos ante el hecho de la muerte se hayan planteado de nuevo este problema junto con el del sentido de la vida y de la inmortalidad», JUAN PABLO II, *Litterae Encyclicae Fides et ratio* (14-IX-1999), en AAS 91(1999) 26-27.

mismo hombre y a lo esencial del mismo. El Papa Francisco en la noche fría y oscura de la oración desnuda, proclamaba que *la tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas "salvadoras", incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad*⁸.

El sufrimiento se hace patente entre los ancianos, empobrecidos y personas excluidas. Vuelve a surgir hoy el misterio de la Cruz como piedra de tropiezo para el hombre autosuficiente, ensimismado en el espejo de su ser. Nos encontramos con un déficit de sentido⁹, *la pérdida de sentido conduce frecuentemente a las más graves enfermedades psíquicas*¹⁰. El sufrimiento hace relación directa a la cuestión de sentido. Ésta reclama la totalidad de la vida: su unicidad, valor, origen, camino, destino, en definitiva, lleva consigo el riesgo de la felicidad. Es aquí donde Edith Stein, valedora de una existencia llena de sufrimiento y de pérdida, se revela camino hacia el horizonte eterno que late en la entraña del hombre precisamente para la construcción de un mundo nuevo. Acoger, aceptar y vivir el sufrimiento es el inicio que vislumbra el rostro del Crucificado, remite a la finitud propia, pero lleva entraña de eternidad. De esta forma, Edith Stein apela a la razón humana.

El diálogo fe-razón en el contexto de la Teología Fundamental y en la experiencia de Edith Stein, se ve sostenido e impulsado por el misterio de gracia. Éste discurre entretejido en las dimensiones que nos constituyen como personas y que no podemos soslayar. La inteligencia del hombre no sólo pone en movimiento la razón humana, también la intuición y el sentimiento conforman el ser del hombre que inciden en la memoria y que implican a la voluntad. Desde

8 Homilía del Papa Francisco en la Ciudad del Vaticano el 27 de Marzo de 2020 en www.vatican.va Internet (8-9-2020).

9 «Nadie puede vivir sin una cierta respuesta a la pregunta por el sentido. Tal vez no lo llame sentido, pero ¿qué otra cosa entiende cuando busca la felicidad, el amor y la realización? En todo ello persigue el hombre el acuerdo de su persona con el mundo y el mundo con su persona. Pero a eso nosotros lo llamamos sentido. El sentido está allí donde el mundo se convierte en mundo del hombre, en un mundo humano justo y pacífico con el que la persona puede identificarse. Llamamos sentido a la salvación y plenitud del hombre en su mundo y con su mundo», W. KASPER, *El Evangelio de Jesucristo*, Sal Terrae, Santander 2013, 37.

10 W. KASPER, *El Evangelio de Jesucristo*, 37.

estas categorías podemos vislumbrar la presencia que habita el sufrimiento del hombre reintegrando todo su ser en una unidad equilibrada y descifrada en la kénosis del Hijo de Dios: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe. Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti... Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es¹¹.

El abajamiento, la humillación, la pobreza, el desprendimiento son caminos de acceso a la interioridad del sufrimiento porque permiten descubrir la presencia vivificadora de quien lo habita por dentro: *Sequedad, náusea y aflicción son la "pura cruz espiritual" que se le ofrece. Si la acepta, experimenta que es un yugo suave y una carga ligera. Le sirve como bastón que le conduce rápidamente a lo alto del monte. Si reconoce que, en la más extrema humillación y anonadamiento en la cruz de Cristo realizó la obra más grande, la reconciliación y la unión de la humanidad con Dios, entonces se despierta en ella la comprensión de que el ser anonadado, la "viva muerte de cruz sensitiva y espiritual", la conduce a la unión con Dios*¹². Este es el secreto de la esperanza cristiana fundamentada en el misterio de la pasión y de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Es el misterio vivido hasta la saciedad por Edith en el proceso que llega hasta el campo de concentración de Auschwitz. De mano de la Teología Fundamental llegamos al abandono y la confianza de sabernos en manos de Otro que sobrepasa y sobrepuja la entraña real de la vida sostenida en el Creador.

El sufrimiento es habitado por una presencia secreta, intuitiva, silenciosa, pero novedosa, capaz de sostener al que se deja seducir por ella. Esta presencia es la de Cristo sufriente, maltratado, abandonado, excluido, desechado... Aquél que hace posible abrir el sufrimiento desde dentro y hacia lo inteligible del misterio, abarcando los dos maderos de la cruz, el vertical y el horizontal, alzando al hombre sobre sí mismo y abriéndolo al misterio de su propio sufrimiento, configurándolo con Él y adentrándolo en el mismo deseo de Dios, la salvación del hombre y de la creación.

La presencia de Cristo en el sufrimiento, no es ni abstracta, ni directa, es pura donación y gratuidad. Es la gracia misma de la entrega generosa acontecida en el misterio hipostático¹³. Dejarse mirar por el crucificado, por sus llagas y por

11 Homilía del Papa Francisco en la Ciudad del Vaticano el 27 de Marzo de 2020, en www.vatican.va Internet (8-9-2020).

12 E. STEIN, *Ciencia de la Cruz*, en Obras Completas, vol. V, 306.

13 «El sufrimiento en clave de seguimiento evangélico muestra a la persona que en lugar de caminar hacia la propia aniquilación o a la del pueblo parece arraigarse y afianzarse un rayo

su dolor evade la indiferencia. Como la palabra pronunciada de labios de Jesús que disponía una actitud pronta en el hombre, pero nunca indiferente, así es el misterio del Crucificado. Su postura dentro del sufrimiento no admite componendas. Esta es la vocación acogida por Edith Stein, *ante todo, quiero contestar a tu pregunta. Existe una vocación al sufrimiento con Cristo y, a través de eso, a colaborar en su obra redentora. Si estamos unidos al Señor, somos miembros del cuerpo místico de Cristo; Cristo continúa viviendo en sus miembros y sufre con ellos; y el sufrimiento soportado en unión con el Señor es su sufrimiento, insertado en la gran obra de la redención y, por eso, fructífero. Ese es un pensamiento fundamental de toda vida religiosa, pero especialmente de la vida del Carmelo: interceder por los pecadores a través del sufrimiento voluntario y gozoso, colaborando de este modo a la redención de la humanidad*¹⁴.

Esta presencia cautivadora y liberadora que acontece en el interior del sufrimiento iluminado por la gracia encuentra su más alta expresión en el martirio. El Espíritu Santo opera en el más profundo centro del alma, la acción del misterio trinitario que manifiesta y desvela el deseo de Dios para con el hombre, la plenitud. En Edith Stein, el descubrimiento de la verdad coincide con el Evangelio del sufrimiento definido por Juan Pablo II en *Salvifici Doloris*. De este Evangelio dimanan la fe y la esperanza en el ejercicio constante del amor donde no sólo se reconoce a Dios, sino también, al otro como hermano y a la creación como criatura de Dios¹⁵. Los conceptos e ideas que vertebran la filosofía de Edith Stein desde el encuentro con el Crucificado, adquieren numerosos matices. Éstos siempre son pensados y propuestos desde el misterio de la Cruz como ciencia de amor constantemente contemplada, y son vistos y vividos bajo el signo de servicio. Es el desinteresado don de sí engendrado en la contemplación y la soledad, especialmente a los que sufren, y más especialmente a las víctimas de todos los tiempos. La resurrección no es el correctivo de la cruz, sino el culmen de la mis-

de esperanza. De hecho, las seguridades crecen poco a poco y la oscuridad disminuye. Dios se hace el enconradizo con la persona en la medida que ésta se va despojando de su vejez. Es decir, de todo aquello que la deshumaniza y hace extraña a Dios. No es que ocurra de modo claro y preciso, de manera que se pueda considerar como compartimentos estancos, sino que un tramo se enraiza en el anterior y prepara el siguiente. La vida, al igual que la luz, se engendra en la discreción, así como el día surge de la noche. Evita por ello los saltos bruscos», E. DÍAZ, *Un colectivo sumergido en la noche oscura*, en *Revista de Espiritualidad*, 367.

14 E. STEIN, *Carta a Ameliese Lichtenberger de 26-XII-1932*, en *Obras Completas*, vol.I: Escritos autobiográficos y cartas, Dirs URKIZA, J.-SANCHO F.J., El Carmen-Espiritualidad-Monte Carmelo, Vitoria-Madrid-Burgos, 2002, 998.

15 «Soledad y fraternidad son los dos compases necesarios que propician la calidad evangélica de la persona», E. DÍAZ, *Un colectivo sumergido en la noche oscura*, en *Revista de Espiritualidad*, 370.

ma. La presencia del Resucitado en el sufrimiento hace asumir en Edith Stein los rasgos del crucificado en su más profunda interioridad, con su humanidad, con su dignidad, con su vocación cristiana, católica, carmelita, y con su misión, *el verdadero seguidor de Jesús, necesita la comunión con Él*¹⁶. Es la densificación del contenido de la fe y la verdad viva de su comprensión: implica la unidad entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe¹⁷, y adentra en los cimientos de la construcción del ser humano y de su historia con toda autenticidad¹⁸. Es, en el seguimiento del Crucificado comprendido y aprendido por Edith Stein, donde el sufrimiento como ciencia de la Cruz se transforma para ella en lo más razonable: *La naturaleza humana que Él asumió le dio la posibilidad de padecer y morir; la naturaleza divina que Él poseía desde toda la eternidad dio a su pasión y muerte un valor infinito y una fuerza redentora. La pasión y muerte de Cristo se continúan en su cuerpo místico y en cada uno de sus miembros. Todo hombre tiene que padecer y morir, pero si él es un miembro vivo del cuerpo místico de Cristo entonces su sufrimiento y su muerte reciben una fuerza redentora en virtud de la divinidad de la Cabeza. Esa es la razón objetiva de por qué los santos anhelaban el sufrimiento. No se trata de un gusto patológico por el sufrimiento. A los ojos de la razón natural puede parecer esto una perversión, pero a la luz del misterio de la salvación es lo más razonable. Es así que los que están realmente unidos a Cristo permanecen inquebrantables, aun cuando en la oscuridad de la noche experimentan personalmente la lejanía y el abandono de Dios. Quizá permite la divina Providencia el sufrimiento precisamente para liberar a quienes están de hecho atados. Por eso, ¡hágase tu voluntad!, también y precisamente en la noche más oscura*¹⁹.

16 E. DÍAZ, *Un colectivo sumergido en la noche oscura*, en *Revista de Espiritualidad*, 371.

17 «Sin el convencimiento de que Jesús no ha sido anulado por la muerte, sino asumido por Dios a su vida mediante la resurrección, no es comprensible afirmación ninguna del Nuevo Testamento», O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Jesucristo, Soledad y compañía*, Sígueme, Salamanca 2016, 113.

18 «Por esta razón, en el camino (o sea, en el seguimiento de Cristo) es donde uno comprende y experimenta la validez y el realismo de la esperanza. La resurrección de Cristo no invita a huir del presente, a quedarse mirando al cielo (Hech 1,11), sino a volver la mirada a la tierra para anticipar en este mundo aquello que esperamos. La resurrección de Cristo no sólo abre a la esperanza de una vida imperecedera en comunión con Dios, sino que invita al seguimiento. Más aún, sólo en el seguimiento esta esperanza se muestra poderosa, pues allí es posible comprobar sus virtualidades y experimentar su certeza. Estas observaciones sobre la resurrección de Cristo, fundamento de nuestra esperanza, nos confirman en la imposibilidad de separar la esperanza de la gloria de las realidades del tiempo presente», M. GELABERT, *La seducción de las utopías*, en *Revista de Espiritualidad* 206(1993), 79.

19 E. STEIN, *El misterio de la Navidad*, vol. V, 487.

En la noche más oscura del sufrir, la presencia del Resucitado ilumina el camino abrupto y tortuoso de la tiniebla del hombre²⁰. La Cruz de Cristo se convierte en lugar de pérdida o de ganancia para siempre. El misterio de expiación acontecido en ella y ofrecido a todas las generaciones es acogido por Edith Stein como don de la divinidad, a la vez que devuelta en ofrenda existencial hasta el martirio. Sólo desde este misterio se desvela la bondad inscrita en el Crucificado y actuante en su Cuerpo místico para la salvación del hombre entero²¹.

20 «Aparece así la cuestión que decide el sentido del cristianismo a la luz de la figura de Cristo, enclavado y agotado en el pasado, o vivo y activo en el presente. Algunos historiadores escriben la historia de Jesús y concluyen su relato con la muerte en cruz, por considerar que lo que viene después no pertenece a su historia, sino a la historia de la Iglesia. La gran cuestión sin embargo es la siguiente: ¿Qué ocurrió con ese Jesús de la historia, para que surgiera esa realidad tan sorprendente y viva hasta hoy que es la Iglesia? ¿Cómo se comprende una Iglesia viva tras el Cristo muerto? De una muerte, un vacío y una ausencia no surgen realidades tan decisivas para la vida y la historia de los hombres como ha surgido y permanecido el cristianismo hasta hoy», O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Jesucristo. Soledad y compañía*, 112; «Jesús ha asumido la finitud humana y con ella el absurdo de la muerte, ha entrado interiormente en la trágica historia de la humanidad y se ha hecho solidario con ella. El sufrimiento es el sufrimiento real de la humanidad, muchas veces consecuencia de la frágil naturaleza humana, otras muchas resultado de los perversos mecanismos de una libertad humana autónoma que ni siquiera termina donde comienzan los derechos de los demás y los oprime y mucho menos está orientada hacia la fraternidad universal exigida por el amor del Padre convertido en corazón interior de la historia», S. GUERRA, *La salida hacia dentro: camino de interioridad*, en *Revista de Espiritualidad* 232-233 (1999), 485; así, «al sufrimiento del Hijo, que me ha amado y se ha entregado por mí (Gál 2,20), corresponde un silencio sufrimiento del Padre; Dios sufre en la cruz como Padre que ofrece, además de ofrecerse como Hijo por nosotros en la muerte. La cruz es historia de amor de Dios al mundo; un amor que no soporta el sufrimiento, sino que lo elige. Mientras la mentalidad greco-latina concibe sólo el sufrimiento pasivo, soportando y, por lo mismo imperfecto, y en consecuencia teoriza sobre la impasibilidad divina, el Dios cristiano revela un dolor activo, libremente escogido, perfecto con la perfección del amor; no es un Dios ajeno al sufrimiento del mundo, espectador impasible del mismo en su inmutable perfección. El Dios vivo asume y vive el sufrimiento de sus criaturas de la manera más intensa, como sufrimiento activo, don y oferta de la que brota la vida nueva del mundo. Desde aquel viernes santo nosotros sabemos que la historia de los sufrimientos humanos es también la historia del Dios cristiano: él está siempre presente para sufrir con el hombre y para comunicarle el valor inmenso del sufrimiento ofrecido por amor. Es el Dios que da sentido al sufrimiento del mundo, porque lo ha asumido hasta el punto de hacer de él el propio sufrimiento de amor», B. FORTE, *La esencia del cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2002, 61.

21 «La dimensión de la expiación está siempre presente en los escritos espirituales de Edith Stein. Cuando habla de ella se advierte una reminiscencia de sus raíces judías, pero también el deseo de exponer el sentido pleno dado a Cristo... Puede, por tanto, dejarse purificar por el fuego de la expiación y alimentarlo sólo el que con mirada espiritual es capaz de asimilar los nexos sobrenaturales de los acontecimientos del mundo», C.M. MARTINI-C. BETTINELLI, *El absurdo de Auschwitz y el misterio de la cruz*, Verbo Divino, Navarra 2000, 206-209.

El valor del sufrimiento en la vida de Edith Stein ha eclosionado pleno de sentido en la Cruz como ciencia escondida desde el encuentro con el Crucificado. El fruto del encuentro entre Dios y el hombre implica tomarse en serio la realidad de la cruz y del escándalo que sigue suponiendo para el hombre de todos los tiempos. Lleva consigo la negativa a Dios como origen y fundamento de la vida y de la historia.

La realidad sufriente que el ser humano experiencia remite en última instancia a la trascendencia y desvela lo que encierra el corazón humano. La Verdad conmoverá y rendirá el ser de Edith Stein al misterio de gracia, misterio insondable latente en lo más interno de la oscuridad del ser. El acontecimiento del encuentro con Cristo en la Cruz será desde entonces el constante referente de interpretación de toda filosofía y teología, discernirá la profundidad del ser y de los acontecimientos y desvelará la comunión entre la fe y la razón.

El misterio escondido en el sufrimiento es el tiempo de salvación ofrecido por Dios al hombre de todos los tiempos como posibilidad de ganarlos para siempre en el amor extremo y exhausto que entrega lo que tiene y lo que sabe. Éste supone en el ser humano la capacidad de alteridad y de trascendencia. El significado soteriológico que desvela el sentido de la totalidad del ser de Edith Stein, manifiesta la verdad del amor y de la libertad en todos sus niveles. Así, todo adquiere sentido desde el don de Dios en la ofrenda libre y por amor a Dios y al otro. El valor de la realidad sufriente, de la víctima inocente está en el misterio divino que se desvelará plenamente en la vida futura. Santa Teresa Benedicta de la Cruz es víctima inocente, víctima expiatoria cuyo fruto repercute en el Cuerpo Místico de Cristo y en la humanidad: *Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza*²².

La imagen del Crucificado significa para Santa Teresa Benedicta de la Cruz el mayor conocimiento que de Dios podemos llegar a tener en este mundo, *así, la unión sponsal del alma con Dios es la meta para la cual ha sido creada, comprada con la cruz, realizada en la cruz y con la cruz sellada para toda la eternidad*²³. Es la mirada no condicionada por la realidad creatural, sino por la verdad del amor de Dios en tiempos de pandemia.

22 Homilía del Papa Francisco en la Ciudad del Vaticano el 27 de Marzo de 2020 en www.vatican.va Internet (8-9-2020).

23 E. STEIN, *Ciencia de la Cruz*, vol. V, 440.